

PRÓLOGO AL LIBRO QUINTO



I CONSIDERAMOS LAS COSAS DE LA VIDA, veremos en ellas la poca estabilidad y firmeza que tienen, porque no han llegado a una parte cuando ya están bambaleando y moviendo los pies para ir a otra; haciéndose todas de la naturaleza y condición del azogue, que no sabe estar quedo ni con reposo; antes a pequeño movimiento que reciba anda de una parte a otra con grande inquietud y desasosiego. Esto nace (a lo que yo pienso) de que el mundo no es eterno y que así como tuvo principio ha de tener fin; y así las cosas que se trasiegan en él, como violentadas, no tienen reposo; y toda cosa violenta, como dice el Filósofo, no tiene seguridad ni permanencia. De aquí nace también que los estados de los hombres se truequen y muden, subiendo unos y bajando otros; humillando Dios a éste (como dice David)¹ y sublimando al otro; porque tiene en sus poderosas manos el cáliz del vino mezclado, cuyas heces jamás se acaban; y cuando los ricos y poderosos piensan que están gozando de su regalado y honroso estado, llega Dios y truecale el gusto y aun le abate la persona y pone en su lugar al que se arrastraba por el suelo, y al que aunque otros tropezaban en él no lo veían; que es lo que luego dice el mismo psalmista por estas palabras. Incliné su cáliz, de esto en esto (como quien dice) de unos hombres en otros, haciendo beber a los pecadores de su amargura. Nótese todo lo dicho y verse ha claramente haber pasado en esta Nueva España muy a la letra; porque si Dios inclinó su cáliz, mezclado de miel y hiel, y se lo dio a beber a los indios, quitándoles los reinos y señoríos y dándoselos a los españoles, por sus muy ocultos juicios y secretos, también vemos que los que los conquistaron no han permanecido en muchas generaciones; y que si entonces ganaron tierras y riquezas, ya no alcanzan un solar o casa donde vivan. Y dejando esto aparte, que es materia que pide grande consideración y tiempo para deliberar sobre ello, aunque lo mejor es dejarlo al juicio y determinación de Dios; volvamos a Fernando Cortés, que fue el que en nombre de su rey tomó posesión de estos reinos, el cual habiéndolos ganado quedó por gobernador y cabeza de ellos, así por haber sido nombrado de todos los del ejército, por justicia mayor y capitán general, como porque después le vinieron del emperador nuevos recaudos para que lo fuese; y hecho vicemonarca de este nuevo mundo y un vicerrey de todos estos reinos, llegó a prevalecer la envidia, que nunca duerme (mas antes durmiendo vela y está siempre poniendo asechanzas y

¹ Psal. 74.

zancadillas a la prosperidad y buena fortuna), y conjurada contra él le hizo guerra hasta que le quitó el gobierno, introduciéndose en él los que ni lo conquistaron ni derramaron su sangre con los que vinieron a la conquista. Pero no es maravilla que el marqués D. Fernando Cortés tenga enemigos, pues no es tampoco cosa nueva ser perseguidos los hombres en el mundo; y muchos de los que más han hecho, se han visto harto abatidos. Del magnánimo capitán Scipión, que tuvo por renombre Africano, por haber ganado a África, se dice que después de haber conquistado a toda España y animando a los romanos a que no desamparasen sus tierras, de miedo de Aníbal que los traía acobardados y rendidos, y habiéndolo vencido en África y sujetado al imperio romano todo aquel poderoso reino, se desavinieron con él los mismos de su pueblo y, por envidias y otras pasiones que contra él concibieron, fue desterrado de la ciudad de Roma y anduvo peregrinando por muchas partes del imperio mucho tiempo, al cabo del cual, desventurada y abatidamente, murió en el Castillo de Literno. Y el que se había visto y reconocido señor de cuasi todas las riquezas de la tierra, fue enterrado con grandísima pobreza en siete pies escasos de ella. Este Aníbal, que venció trece batallas de españoles y romanos, a quien temieron sobre todas las cosas del mundo y fue emperador de África y señor de muchos otros reinos, vino a ser vencido de los mismos romanos, sus vencidos, y a pagalles pecho y a ser mandado de ellos y a salir con ejército, en favor y ayuda suya;² y porque cierta vez que no les obedeció venían contra él, se fue huyendo de ellos, deseando escapar la vida debajo del amparo del rey Prusias; y harto de vivir afrentado se mató él mismo con ponzoña; y así acabaron desventuradamente estos que tanto tiempo habían gozado de prosperidad. Y aunque todo esto no se verifica de Fernando Cortés, al menos no se escapó de alguna parte, porque se vido sentenciado a destierro en la misma tierra que él con su valor había quitado a sus enemigos y donde se había visto temido y honrado de todos; y si buenos no anduvieran de por medio, salía a cumplir su destierro saliendo con confusión y deshonra de la ciudad de Mexico, el que tanta honra antes había dado a los que lo desterraban. Y en esta ocasión se conoció la fidelidad que este valeroso capitán siempre guardó a sus reyes; porque pudiendo resistir, oponiéndose al mandato del juez apasionado, nunca quiso; antes, como vasallo leal y obediente, reconoció el poder real en su ministro y calló con paciencia la afrenta que con sola pasión se le hacía.

Este excelentísimo varón fue la primer justicia española o castellana que tuvo esta tierra de Anahuac, después que en ella entraron españoles, a cuyo gobierno siguió el de los oficiales reales, como parecerá en este libro, y luego vino la Audiencia de presidente y oidores, a cuyo gobierno sucedió también el de los virreyes, pareciendo convenir así por la grandeza y majestad de la tierra. Esto es lo que trata este libro y me pareció ponerle inmediatamente después del de la conquista, porque ya que la tierra quedó por los españoles, se viese lo que ha ido sucediendo en ella después de su conquista. Y porque las cosas que en él se tratan no pudieran venir bien en libro dis-

² Tit. Liv. Dec. 4. lib. 9.

tinto, las ingerí en él, siguiendo el orden de ellas por los años del gobierno del gobernador o virrey que en aquel tiempo ha sido; y aunque salgo en algunas del orden común que sigo (por no ser sucedidas en esta Nueva España) hágolo por ser particulares y parecerme que si las callo agora será posible que en otro tiempo se olviden como de otras muchas ha sucedido, por no ser tantas o tan cuantiosas, que obliguen por sí mismas a ningún escritor a que de ellas haga particular libro.



